

Pero de nuevo fué interrumpida por el ruido que causó aquella mujer, cayendo desfallecida.

Virginia y D^a. Isabel se apresuraron á socorrerla.

Era Rosa.

CAPITULO XXII.

QUÉ ESPECIE DE CONEJOS HABIA EN TACUBA.

Vuelta en sí en fuerza de los cuidados de D^a. Isabel y de Virginia, Rosa les dió las gracias y se disponia á marchar; pero ambas se empeñaron en acompañarla á su casa. Y no teniendo fuerzas para ir por sí sola, se vió precisada á aceptar aquella oferta. Salió apoyándose en el brazo de D. Juan y del abogado.

La casa no estaba lejos. Frente á la esquina

occidental de la parroquia hay un casucho miserable de adobe que en algun tiempo estuvo blanqueado; á ambos lados de la puerta hay dos bancos formados tambien con adobes, cubriendo todo el frente un cobertizo de tejamanil. Sobre uno de los bancos está una canasta llena de frutas, que indica que el dueño de la casa comercia en este ramo así como tambien en el de pulques, pues una barrica llena de este líquido se encuentra al otro lado de la puerta acompañada de gigantescos vasos y *jícaras* de colores. Esta es la entrada de la casa de Rosa.

¡Qué cambio tan espantoso!

Se componia la casa de dos piezas y un corral pequeño. En la pieza de entrada, llamémosla sala, estaba un hornillo bajo, en el que ardian unos leños despidiendo un humo pestífero. En un rincón del piso, que era de tierra aplanada, estaban unos costales, una pala y una hoz. Una mesa de forma antigua y extravagante y un tronco de fresno completaban el ajuar. Rosa hubiera querido detener allí á las gentes que la acompañaban y pretendió sentarse en el tronco; pero una indigna que estaba moliendo maíz, viendo que Rosa

estaba enferma, la obligó á que entrase á la otra pieza.

Era la alcoba.

Un banco sucio de madera blanca cubierto con dos esteras de tule y una frazada burda era todo lo que se veia en el cuarto para servir de descanso. En la pared y junto á una tronera con honores de ventana se veia suspendido un crucifijo de talla colosal (despojo de alguna iglesia arruinada). La imágen del Salvador se hallaba en un estado lamentable, pues el rostro, las manos y los piés estaban roídos por los ratones. A los piés de la cruz habia hacinadas multitud de estampas de la Vírgen bajo diversas advocaciones, y por último, una tablita suspendida, sobre la que ardian dos restos escuálidos de vela de sebo.

A esta pieza fué conducida y sobre este miserable lecho colocada aquella Rosa cuya altivez rechazó á David.

El despecho y la vergüenza renovaron el dolor en aquella desgraciada jóven, cuya pena agravaba la dulzura y la benevolencia de Virginia.

— No llore Vd., le decia. Cualquiera cosa que sea, encontrará Vd. el remedio ó el consuelo.

— ¡Ay! decía Rosa sollozando. Ya no puedo encontrarlos mas que en el sepulcro.

— No diga Vd. eso, decía D^a. Isabel

— No desespere Vd., añadía Virginia.

— Si Vd. supiera... Pero no, no... añadía despues, nunca me resolveré á decirlo.

En efecto, como toda persona que sufre, luchaba entre el deseo de manifestar su pena para desahogarse y el temor de verse menospreciada.

Sin haber podido averiguar cosa alguna, tuvieron que retirarse el abogado, D. Juan, D^a. Isabel y Virginia, no sin haber prometido estas que volverian á verla.

El tiempo habia corrido y D. José acababa de llegar.

Media hora despues se sentaron á la mesa. A instancias de D. José, D. Juan ocupó la cabecera; al lado derecho del veterano estaba D^a. Isabel, y en seguida el mayor; quedando colocados en el frente de D^a. Isabel Juana, luego Virginia, y el licenciado inmediato á ella.

Despues de haber tomado una suculenta sopa de vague que habia servido D. José, el licenciado tomó una botella del Rhin; comenzaron las liba-

ciones, y desde este momento y como si lo hubieran convenido de antemano, D. José se encargó de obsequiar á D^a. Isabel, Juana á D. Juan, y el licenciado á Virginia. Los tres estaban tan complacientes, que nada dejaron que desear. Cada platillo era ofrecido con tanta urbanidad y finura, que era imposible repulsarlo; y en seguida habia necesidad de beber bajo el pretexto de la digestion.

El veterano y D^a. Isabel bebían medianamente; el primero asegurando que como buen soldado estaba á prueba de bomba, y la señora encomiando la suavidad del licor. Juana bebía abundantemente. El licenciado no lo hacia mal; pues cada vez que Virginia rehusaba, el abogado llenaba su copa diciendo con voz chillona:

— Pues á la salud de Vd.

Virginia y el mayor eran los únicos que no bebían: aquella por sobriedad, este para tener expeditas sus facultades.

Juana, que al principio habia estado muy comunicativa, á los postres se habia puesto taciturna.

Don Juan traía en continua revuelta los nom-

bres de Hidalgo, Morelos, Guerrero y Bravo; el pueblo de Dolores, Granaditas y las Cruces, y hubo momento en que llorara al recuerdo de su caballo el *mosquete*. D^a. Isabel se consolaba, con el Oporto y el Champagne, de la ausencia de David; y el licenciado, con singular soprano mas agudo que de costumbre, hablaba de su calzado y de sus sortijas. El mayor devoraba á Virginia con la mirada; y la jóven sonrojándose bajaba los ojos. Juana le preguntó la causa de su tristeza, y Virginia, tanto porque se hallaba afectada por el suceso de Rosa como para disimular que la causa principal era su amor para con Rafael, contestó:

— No puedo olvidar á la jóven de esta mañana.

— ¿Qué jóven es esa? preguntó el mayor.

— ¿Pues qué no sabe Vd.? chilló el licenciado, es un suceso de comedia.

— Una jóven que se desmayó esta mañana, dijo D^a. Isabel.

— ¡Una jóven desmayada! ¿de qué familia? preguntó el mayor á Juana.

— No sé, dijo esta.

— ¿Dónde vive? insistió el mayor.

— En la casita que está frente de la iglesia, dijo D. Juan.

— Creo que es pulquería, añadió D^a. Isabel.

— Entonces, dijo el mayor, será la hija de Matiana.

— ¿Quién es Matiana? preguntó Virginia.

— La dueña de la casita, contestó Juana.

— ¡Qué Matiana, ni qué Matiana! dijo el licenciado gritando casi, la desmayada no es india, parece toda una señorita.

— Ahora la conocerá Vd., porque vamos á verla antes de irnos, dijo D^a. Isabel.

— ¡Pobrecita! dijo Virginia suspirando.

— « ¡Qué sensible es! » pensó Juana; y el oficial mayor « si me amase. »

Fuera de este incidente, la comida concluyó con la mayor tranquilidad.

El oficial mayor se sentia mas apasionado, Juana mas celosa, D. Juan mas pesaroso de que hubiera muerto su caballo *mosquete*. D^a. Isabel suspiraba mas frecuentemente por su hijo, Virginia estaba mas hermosa y el abogado mas comunicativo.

El mayor propuso que se sirviera el café en

la sala; queria tomar el aire segun dijo, se sentia afectado de la cabeza.

Este fué el pretexto que le sirvió para no jugar al tresillo con D. Juan y D^a. Isabel; pero suplicó al abogado que los acompañase.

Este se prestó gustoso, y apenas concluyeron de tomar el café, se entabló la partida.

Juana invitó á Virginia á dar una vuelta por el campo, y el mayor pidió permiso para acostarse un rato.

Dejemos al abogado, que con una torpeza extraña comenzó á dejarse *dar codillos*, ya por D. Juan, ya por D^a. Isabel, y sigamos á Virginia y á Juana.

Esta comenzó por pasar una revista en toda la casa, y en obsequio de la verdad debemos decir que estaba tan conmovida por la inocencia y el candor de Virginia, que sentia impulsos de prepararla para que no cayese en el lazo que se la tendia; pero guardó silencio con aquel egoismo de los corazones pervertidos por la desgracia. Tenia además, como veremos despues, otras razones para callar.

Saliendo de la casa, siguieron la calle recta

hasta llegar á la plaza; atravesando esta, tomaron á la derecha una senda angosta, formada por multitud de rosales y otras diversas flores.

Llegaron á una plazoleta de forma irregular. En este sitio hay una especie de banqueta. Juana invitó á Virginia para tomar un descanso exclamando:

— ¡Oh qué hermoso es el campo! Yo vengo á pasar mis horas de ocio en este lugar, y me distraigo mucho al ver los conejos cómo corren de un lado á otro.

— ¡Cuánto deseo verlos!

— Por aquí anda un muchacho, voy á decirle que los espante hácia este lado, para que los vea Vd. correr; pero no se mueva, porque no vendrán.

— Iré con Vd., dijo Virginia por aquel impulso natural que hace que las jóvenes teman quedarse solas.

— Entonces nada verá Vd., no tardo, contestó Juna alejándose con presteza.

Virginia quedó sola. Su pensamiento, ocupado continuamente con la memoria de Rafael, comenzó á vagar por los espacios imaginarios con la rapidez que le es peculiar.

La noche anterior habia estado Rafael en la casa ; y cuando le participaron é invitaron para la fiesta , se excusó alegando que el mayor no le habia hablado de ello. A pesar de esto , los ancianos insistieron aduciendo la mucha confianza que tenia con el mayor ; y él , aunque casi resuelto á no concurrir , habia tenido que poner en duda su resolucion.

Conociendo Virginia el carácter del jóven , comprendió que no iria ; y habia sentido una especie de pesar , pensando que Rafael no la veria con su traje de fiesta. ¿Es inverosímil esta clase de coquetería en una jóven como Virginia ? De ninguna manera. El amor propio es el móvil mas poderoso para todos los corazones. El deseo de agradar es innato , por decirlo así.

En las jóvenes se desarrolla este deseo mas particularmente ; y ya que la sociedad , injusta siempre , obliga al sexo femenino á ocultar bajo un velo de modestia los sentimientos mas tiernos de su corazon , las mujeres toman su desquite dando á sus facciones , á su talle , á sus miradas un encanto que equilibre sus desventajas. Solo que unas exageran el cuidado que toman para conseguir su fin ,

y otras lo ocultan con destreza. Unas lo hacen con reflexion , y otras sin ella.

Virginia era una de las últimas. ¿Quién la culpá por ello ?

Por eso , con la esperanza de que Rafael fuese de la partida , se habia preparado de antemano , y estaba en efecto encantadora. Un vestido de muselina sencillísimo , color de violeta claro , hacia resaltar la blancura de su cuello. Tenia su talle un lazo ancho de seda morado profundo , y sus cabellos estaban adornados con flores del mismo color. Sus grandes ojos vagaban de un lado á otro , y podia conocerse á primera vista que habia olvidado á los conejos. Repentinamente las matas se mueven. Virginia vuelve la vista hácia el lado en donde percibió el ruido , y dió un grito de sorpresa.

Era Rafael.

Virginia no podia creerlo. Al parecer , su pensamiento lo habia evocado.

Con la candidez de un niño , se puso á sonreir diciendo :

— Me asustó Vd.

Con turbacion y quitándose el sombrero :

— ¡Yo! Suplico á Vd. que me perdone, dijo Rafael.

— ¿Perdonar á Vd.? replicó Virginia; y notando la confusion de Rafael y la palidez de su semblante, añadió en seguida:

— ¿Pero qué tiene Vd.?

— Yo, balbuceó Rafael, nada, solo que...

— Con que yo que debia estar asustada no lo estoy: ya se ve, añadió sonriéndose, cuando Vd. llegó, me estaba acordando de que habia Vd. ofrecido venir.

— ¡Seria posible! exclamó Rafael cambiando de expresion súbitamente su semblante. ¡Qué dichoso soy!

— Vd. dichoso, ¿y porqué?

— ¿Vd. me lo pregunta? contestó el jóven con un aire triste.

— Sí: ¿porqué es dicha que yo me acuerde de Vd.?

— ¡Ah! suspiró Rafael, ¿no lo ha comprendido Vd. aun?

— ¿El qué?... preguntó Virginia con sencillez.

Rafael dudó un momento; pero luego, como

obligado por una fuerza superior, exclamó con el acento de una tierna resolucion, dando á su mirada una dulzura que nunca habia notado Virginia:— Sí! no puedo callar por mas tiempo. Amo á Vd., Virginia, amo á Vd. Cada dia que pasa da nueva fuerza al amor que por Vd. siento.

Si Virginia hubiera sido menos inocente, se habria sorprendido ó habria fingido sorprenderse al escuchar esta declaracion; pero educada de tal modo que no tenia conocimiento de las frases y modales que usan las mujeres en tales casos, lejos de mostrarse enojada, contestó con la mas dulce sonrisa á Rafael que esperaba confuso:

— Y yo tambien amo á Vd.

— ¡Ay! exclamó Rafael con efusion, ¡será cierto! ¿Con que no ama Vd. á otro?

— No, Rafael, á mi familia y á Vd.; ¿pero cómo ha sabido Vd. que estaba yo aquí?

— ¡Ah! dijo Rafael con disgusto, ¡es una infamia!

— ¿Qué? preguntó Virginia.

— He recibido una carta en que me dicen que viniera á este sitio, donde corria Vd. gran peligro.

— ¡Yo! exclamó levantándose asustada; ¿quién quiere hacerme mal?

— Don José.

— Don José, nuestro bienhechor! dijo Virginia dudando; pero ¿qué mal puede hacerme, preguntó con candor, el que nos ha llenado de beneficios?

— ¡Quién sabe! murmuró Rafael. Acaso sea una calumnia; y dirigiéndose á Virginia: — Sin embargo, bueno es que estemos prevenidos. No sé porqué á pesar mio sospecho de él: me parece un hombre falso.

En este momento se agitó el ramaje.

Era el mayor, que habia llegado á tiempo para escuchar la conversacion de ambos amantes, y cuya cólera le obligó á hacer el movimiento que los interrumpió.

Juana apareció por el mismo lado por donde habia venido, exclamando con acento entrecortado por la fatiga:

— ¿Han pasado los conejos?

— No, murmuró Virginia con alguna confusión.

CAPITULO XXIII.

PLANES.

Juana aparentó extrañar la presencia de Rafael allí; y este la explicó diciendo que habia venido á pié de Atzacozalco con el objeto de hacer ejercicio y esperar en Tacuba el ómnibus para volverse á Méjico en compañía de la familia.

La explicacion era muy natural; pero aunque

no lo fuera, Juana tenia interés en darse por satisfecha con aquella disculpa.

Volvieron á la casa, donde encontraron al abogado jugando aun, y bostezando extraordinariamente. D. Juan y D^a. Isabel estaban contentísimos, habian ganado al abogado algunos duros.

El mayor acababa de entrar á la sala, entrecerando los ojos como á quien molesta la luz del dia.

Rafael fué recibido por el abogado con la mas insoportable fatuidad, por los padres de Virginia y por el mayor muy cordialmente.

Este, con una refinada hipocresía, puso el semblante mas compungido, y tendiendo la mano al jóven practicante, exclamó :

— ¡Cómo he sentido que no nos haya Vd. acompañado á la mesa !

Rafael, cuyo corazon estaba envenenado por la duda, apenas acertó á contestar.

— ¿Qué habrá sucedido con la del desmayo? dijo el abogado, abriendo la boca desmesuradamente y buscando un pretexto para levantarse de la mesa.

— Es verdad, dijo D^a. Isabel que deseaba hacer

lo mismo. Hemos prometido volver antes de irnos.

— Pues vamos, vamos, dijo D. Juan levantándose definitivamente, porque ya es tarde.

— Sí, sí, para no mortificarla, añadió el mayor dirigiendo á Juana una mirada de sarcasmo, Juanita se quedará á disponer lo que haya de llevarse, y el señor licenciado se quedará á hacerme compañía : tengo que hacerle una consulta.

— Pues arreglado, dijo D. Juan.

D. Juan, D^a. Isabel y Virginia salieron de la casa.

El abogado y el mayor quedaron solos.

— ¿Y bien? preguntó aquel fijando en D. José una mirada interrogativa.

— Ese miserable se interpone siempre en mi camino.

— ¿Quién? el practicante?

— Sí, afirmó el mayor con rabia reconcentrada : todo mi plan ha descompuesto.

— ¿Pero cómo? Vd. no lo habia convidado.

— Y sin embargo ha venido.

— ¿Con qué pretexto?

— Los viejos han tenido la culpa... Qué sé yo,

el caso es que cuando iba yo á hablarle á Virginia, la encontré en amable coloquio con un demonio.

— Ja, ja, ja. ¡ Vaya un chasco !

— No es eso lo peor, dijo el mayor mas colérico todavía con la risa del licenciado.

— ¿Pues qué hay mas? dijo este cambiando de semblante.

— Ese nombre, dijo el mayor fijando en el abogado una mirada inquisitorial, ha recibido una carta donde se le avisa que yo tengo mis miras respecto de la muchacha.

El mayor sospechaba de su cómplice; por eso al hablarle procuraba leer en su semblante, pero el abogado resistió la prueba y sin inmutarse contestó :

— Pero ¿quién puede haberle dicho?...

— Eso es lo que quisiera saber.

— Solo Vd. y Juana están en el secreto.

— Supongo, dijo el abogado, que no me hará Vd. la injuria de dudar de mi lealtad.

— ¡Oh! no, dijo el mayor, que consideraba inútil y hasta cierto punto peligroso malquistarse

con Ferriz, de ninguna manera; pero Juana ¿qué interés tendría en denunciarme?

— ¡Quién sabe!... las mujeres son muy vengativas.

— Tiene Vd. razon; pero mientras lo averiguo, necesito á toda costa que ese hombre no se apodere de Virginia.

— ¿Se entienden? preguntó el abogado.

— Algo mas que eso, se aman.

— Entonces, el negocio es difícil.

— ¡Bah! dijo el mayor con aire desdenoso, el que quiere facilita, y yo quiero como nunca y espero que Vd. me ayudará á encontrar un modo.

— Ciertamente; pero puesto que ese jóven no ha querido marcharse ocupando un puesto distinguido, puesto que ya cuenta con el corazon de Virginia, debe estar interesado vivamente y no se dejará arrebatar la presa.

— Pero yo estoy decidido á no abandonársela y pagaria bien á quien me ayudase á lograr mi objeto, con dinero todo se consigue.

— Menos el amor de una jóven como Virginia.

— Pero, en fin, dijo D. José impaciente ya,

porque el abogado no lo sacaba de su apuro, ¿Vd. no me ayudará?

— Yo estoy dispuesto, contestó con socarronería; pero temo que á Vd. le parezca caro y violento.

— En el estado en que me hallo, aceptaría lo que se me propusiese con tal de alcanzar mi fin.

El abogado entonces se levantó del asiento, echó una mirada escudriñadora hácia las piezas interiores, cerró las puertas cuidadosamente y acercándose al mayor y hablando tan suavemente que apenas podría oírsele, murmuró: *los muertos no estorban.*

La frente del mayor se cubrió súbitamente de una palidez mortal; cualquiera habria creído que no esperaba semejante proposición. Se contentó con responder *bien.*

— ¿Hay persona segura? preguntó con la misma suavidad.

— Sí, contestó Ferriz, pero es preciso pagarle bien.

— No importa, dijo D. José, pero que mi nombre no se pronuncie.

— Absolutamente, dijo el abogado; pero los documentos que Vd. tiene ¿volverán á mi poder?

— ¿Y qué garantía me quedará de la discreción de Vd.?

— ¿Qué pruebas tendré para acusarlo?

— Esa denuncia que se ha hecho á Rafael de mis pretensiones.

— Pero muerto este... dijo el abogado...

El mayor interrumpió: — Quedará la carta y será una terrible prueba.

— Esa carta le será á Vd. entregada.

— Sin embargo el ejecutor podrá denunciarnos.

— Para que Vd. pierda la desconfianza, le diré que el individuo á quien pienso ocupar está complicado en los asesinatos de San Vicente; creo que Vd. lo conoce, es La Roca; solo yo tengo las pruebas que lo condenan, se las ofreceré con la impunidad de este nuevo hecho y el dinero que servirá para asegurarse del todo.

— Perfectamente; ¿cuándo quedará libre?

— Lo mas pronto posible, mañana tal vez.

— Señor licenciado, dijo el mayor tendiéndole la mano, es Vd. un buen amigo: créame Vd., el

amor de esta mujer me hace criminal; pero ya Vd. ve, añadió haciendo un gesto como si fuera á llorar, estoy en la dura alternativa de morir ó de matar; porque, lo repito, perder á esta mujer es morir.

— Ya, ya, dijo el abogado con un acento indefinible que pudiera interpretarse muy bien como un sarcasmo, comprendo la dura necesidad que obliga á Vd.; y en caso semejante, añadió, para asegurar mas al mayor yo haria lo mismo.

— ¿Es verdad? preguntó este, satisfecho al ver que el abogado aprobaba plenamente su conducta.

— Sí, sí, señor D. José, afirmó Ferriz dándole una palmada en el hombro, Vd. se casará, y yo seré muy dichoso viendo que lo es.

Explicaremos al lector el origen de esta amistad y del predominio que ejercia el mayor sobre el licenciado.

Este habia ocupado la prefectura de un colegio nacional, y allí, valido de su autoridad, cometió uno de aquellos crímenes que la pluma se resiste á escribir. Hizo mas, para cubrir los gastos que su mala inclinacion le hacia erogar falsificó la firma del mayordomo, y solo por influjo de D. José

logró verse libre del castigo, porque el mayor, interponiendo la amistad que lo unia con el mayordomo, y acosando su conciencia demasiado timorata, logró que le entregase los documentos falsificados que se reservó para ejercer la autoridad que hemos visto sobre Ferriz.

Como además le prestó la cantidad que habia usurpado por aquel medio para indemnizar al mayordomo, tenia doble motivo para permanecer subordinado á D. José.

Abandonemos á los cómplices y vamos á seguir á la familia de David.

Precisamente en el momento en que esta salia de la casa para ver á Rosa, el ómnibus de Méjico se detenia frente á la parroquia, y David saltó ligeramente de él.

Dió un abrazo á cada uno, y D^a. Isabel, dándole un beso en la mano, lo invitó á que los acompañase tomando al mismo tiempo su brazo. Rafael tomó el de Virginia.

Pocos momentos despues llegaron á la puerta de la casa.

Rosa estaba tomando una taza de caldo que le habia dado la indígena.

Las lágrimas bañaban su semblante, y apenas tenia fuerzas para levantar el trasto que contenia aquel líquido. ¿Era efecto del dolor, ó del hambre?

Eran ambas cosas.

Su orgullo se habia resistido algun tiempo á solicitar un asilo y un pan; pero al fin ese móvil irresistible que se llama necesidad, venció el amor propio, y á las primeras palabras encontró un abrigo en aquella pocilga; pero el caldo que tomaba en ese momento era lo primero que habia podido proporcionarle la caridad de aquella mujer en cuya casa la hemos encontrado.

Doña Isabel y Virginia se adelantaron solas al interior de la pieza. Rafael, D. Juan y David tomaron asiento en las bancas de la puerta.

Rosa, al ver á las señoras, interrumpió su comida y comenzó á sollozar.

Inmediatamente Virginia se acercó y comenzó á estrecharla contra su corazón llorando tambien.

¿Porqué lloraba? Por instinto.

Su exquisita cuanto verdadera sensibilidad se conmovia al advertir una pena cualquiera, y con aquella benevolencia propia de un corazón noble

se apropiaba, por decirlo así, los sufrimientos ajenos.

Por esto lloraba sin saber aun toda la magnitud de la desgracia de Rosa.

Después de haberse desahogado Rosa derramando abundantes lágrimas, obligada por las instancias de Virginia y sobre todo por la simpatía que le inspiraba, se decidió á confiarle sus penas, aunque disimulando una parte de la verdad.

— Yo, le decia, podia ser hoy muy dichosa; pero mi orgullo me ha precipitado en la desgracia.

Era rica y feliz. Tengo un padre que me ama con pasión; hubiera podido unir mi suerte con la de algun jóven de mérito, pues en mi posición nunca me faltaron pretendientes. Uno entre todos se distinguia por su amabilidad, por sus buenos principios y sobre todo por una adhesión de las mas apasionadas. Yo lo amaba, aunque con las reservas á que me obligaba mi carácter orgulloso, y cegada de mi ambición lo menosprecié para corresponder á un fatuo cuyo porvenir me parecia podia satisfacer mas mis tendencias. ¡Ay! mis sueños se desvanecieron, porque ese individuo

fué asesinado. Mi corazón sintió la necesidad de amar, y sin tener quien me dirigiese, aislada por mi mismo carácter, concebí afecto por un hombre indigno, cuyas miras eran únicamente abusar de mi poca experiencia. Creí sus palabras y una noche abandoné mi casa en su compañía. Me llevó al pueblo de los Remedios, y hace cuatro días me trajo aquí pretextando que estaríamos mejor; pero al día siguiente desapareció llevándose todo lo que habíamos sacado, abandonándome absolutamente á mi triste suerte. Sin conocimientos, he pasado tres días en la miseria, y hasta hoy me decidí á venir á esta casita á pedir un abrigo mientras tomo una resolución.

Acabando de pronunciar estas palabras empezó de nuevo á llorar. Virginia y D^a. Isabel, llevadas de su natural bondadoso, procuraron consolarla y le ofrecieron llevarla á Méjico y tenerla en su casa hasta que pudiera volver al lado de su padre.

Ambas contaban con el buen corazón del veterano; lo llamaron para comunicarle lo que pasaba, y desde luego accedió gustoso, diciendo á Rosa:

— El caso es grave; pero no debemos abando-

nar á Vd. en su desgracia, tendrá Vd. en mí un padre y mi familia será la suya, mientras logramos que Vd. vuelva á su casa.

— ¡Ah, señor! exclamó Rosa, Dios es quien ha traído á Vd. para mi salvación, porque estaba resuelta á morir.

— Hacia Vd. mal, contestó el veterano, la Providencia nunca abandona á sus criaturas.

— Ya lo veo, dijo Rosa, lo que sufro es un justo castigo y acepto gustosa mis dolores y la vergüenza que hoy paso. Así aplacaré la cólera divina.

— Sí, dijo D^a. Isabel, Dios tiene los brazos abiertos para los que se arrepienten de veras.

— Verá Vd., dijo Virginia, como consigue volver á su casa y ser feliz.

— ¡Ay! dijo Rosa, la infamia me acompañará por todas partes.

— ¿Y qué importa? ¿Si Dios perdona á Vd.? repuso D^a. Isabel.

— Es cierto, es cierto. La sociedad no perdona; pero el cielo es más indulgente, agregó Rosa.

— Pues vamos que el ómnibus va á pasar.

Aunque Rosa temía encontrar en el carruaje alguna persona conocida, no se atrevió á poner dificultad alguna.

Hasta tal extremo abate la desgracia.

Iban á salir, cuando David se levantó del asiento y se encontró frente á frente de Rosa.

David palideció extraordinariamente retrocediendo dos pasos.

Rosa exhaló un grito agudo y cayó desmayada en los brazos de Virginia.

La sorpresa y el dolor enmudecieron al jóven poeta por algunos minutos ; cuando se repuso explicó á sus padres la emocion de Rosa y la suya , declarando sus antiguas relaciones , aunque ocultando con cuidado lo que habia en ellas de desfavorable para Rosa. Desde luego ocurrió á D. Juan la dificultad de llevarla á su casa por estos antecedentes, así como David la de que teniendo el mayor amistad con el padre de Rosa, tampoco convenia que aquel la viese.

Rafael desvaneci6 una y otra dificultad, ofreciéndose á conducir á Rosa en un coche particular que le mandaria David; y respecto á la de que Rosa fuese á la casa, obligando á D. Juan á que

mientras Rosa volvía á la suya, David se fuese con él al hotel. Así quedó convenido ; y en consecuencia, despues de haber conseguido que Rosa volviera en sí, la dejaron con la indígena y con Rafael y se fueron á casa de D. José, á quien ocultaron lo que pasaba.

Así se verificó , quedando Rosa en esa misma noche instalada en casa de David.